

CAPITULO XXXVII

DE LA BATALLA NOCTURNA QUE EL INVENCIBLE D. QUIJOTE
ESTUVO Á PUNTO DE PERDER Y NO GANÓ DEL TODO

Habíase acostado D. Quijote y estaba entre si se dormía y no, cuando se abrió la puerta de su cuarto. Vuelto con el ruido á sus cinco descabalados sentidos, vió entrar dos gigantes y una dama (que tales le parecieron), armados los primeros de pies á cabeza, con celada de encaje, tras la cual mantenían el incógnito. Eran estos dos gigantes el marqués de Huagrahuigsa y el barón de Cocentina, quienes tenían un pico pendiente con don Quijote. La dama no era otra que la de las trovas de antaño, y esta graciosa figura la hacía el socarrón de D. Alejo. La señora acometió á una butaca, y arrellanándose en ella, dijo: «Supuesto que en este artículo me ponedes, caballeros, sea luego la batalla, y sepa yo á quién he de pertenecer; si por la fuerza, como esclava, á los que supeditan mi persona, ó de mi libre albedrío, como esposa, al dueño de mis pensamientos. — Nunca es tarde para reñir entre buenos, respondió D. Quijote al que le estaba provocando ejecutivamente: nada habrá perdido vuesa merced con darse á conocer, á fin de que yo arregle mis hechos á la calidad de mi enemigo. — La señora aquí presente, replicó el incógnito, está pregonando mi nombre: vuesa merced sabe ya que Brandabrande es quien le provoca y estrecha. Déjese mi rival de evasivas y moratorias so capa de urbanidad, porque estoy

resuelto á no dejar escaparse á uno cuyo valor está, parte en su lengua, parte en los pies de su caballo.»

Había de sobras para sacar de quicios á hombre como don Quijote. «D. Quijote de la Mancha, respondió éste, tiene por buenos cualquier tiempo y lugar cuando se trata de las armas. Esto lo vais á ver sin más tiempo que el que he menester para vestirme. Dadme acá esas calzas, y atacaos bien las vuestras. — Para nada soy menos que para lacayo ó ayuda de cámara, respondió Brandabrande. Sepa vuesa merced que he desdeñado el título de señor de los Camareros, y aun el de Montero Mayor de Su Majestad. Tome sus trebejos y vístase como pueda, sobre la marcha, que ya es exceso de paciencia en mí sufrir semejantes dilatorias. — Lo político no quita lo valiente, replicó D. Quijote. ¿Trebejos llamáis al ajuar de un caballero? Yo os haré ver que el trebejo sois vos, y que á lo menguado unís lo montaraz.» Diciendo esto alargó un brazo de tres varas, seco, amarillo, velludo, sobre la ropa que había puesto en una silla al acostarse. A tiempo que iba á cogerlas, Brandabrande pinchó esas calzas con la punta de su florete, y dijo: «Para que conste al mundo que vuestra desnudez no me intimida y que así os rindo vestido como en cueros, habéis de pelear sin calzas.» D. Quijote echó mano por los zapatos: repitió el otro su operación y dijo: «Para que las gentes vean si os temo más descalzo que calzado.» Fué D. Quijote por el jubón, sin decir palabra: hurtóselo del mismo modo su contrario: «Esto más de ventaja para vos, que habéis de reñir conmigo sin el empacho de esta pieza ridícula.» Le ahogada ya la cólera al caballero andante: en un pronto echó de sí las frazadas para tirarse al suelo, dejando ver unas piernas como sólo D. Quijote podía tenerlas. Arrojó un grito la señora Dulcinea, y cubriéndose el rostro con una reja de dedos, se puso á suplicar al mundo entero que viesen modo de hurtar su persona á espectáculo semejante. Vuelto en sí D. Quijote á esos reproches, se cubrió velozmente y dijo: «Aun cuando fueseis una de las Euménides, tendría yo cuenta con vuestro sexo y me hallaría lejos del menor desacato. La ocasión

de lo que ha sucedido achacarla á vuestro *cavalier servant*, y tened por cierto que vuestra gazmoñería es mayor que mi desenvoltura. — A vuesa merced le consta, replicó la dama, que en nosotras el pudor es tan obligatorio como en los hombres el valor. Si vuestas mercedes ponen de manifiesto la superioridad de su naturaleza con el atrevimiento bien empleado, nosotras hemos de cubrirnos con la timidez y poner nuestro conato en guardar pura la vergüenza. — ¡Eh, buen hombre ó buen demonio, dijo D. Quijote, traedme acá esas calzas y al punto soy con vos en batalla! — Ya os he dicho que no tengo cara de sacabotas, respondió Brandabrando; os he dicho también que habéis de pelear en camisa; y despachaos, so pena de incurrir en un castigo de escuela....» Saltó abajo D. Quijote, como un tigre, y sin que la cólera le diese tiempo para echar mano á la espada, le asió con entrambas del gaznate al pobre marqués, con tal furia, que si el compañero de éste no acude en su socorro, al cabo de cinco minutos le hubiera dejado de enterrarlo. Brandabrisio cogió á su vez por el pescuezo á D. Quijote, y poniéndole zancadilla le obligó á soltar presa y dió con él en el suelo. Viendo Sancho como tiraban á matar á su señor, embistió con el enemigo, y menudeó tan bonito sobre ellos, que los puso como nuevos con más de seis mojicones en las narices. D. Quijote, enderezándose cuan largo era, tomaba ya su lanza; mas los invasores salieron por la puerta de los perros, bien así por temor del escándalo, como de la furia de ese loco. La señora Dulcinea, que no había hecho sino reir desencajadamente, sin moverse de su sillón, fué la primera en ponerse en cobro cuando vió que las cosas pasaban á mayores, y á trancos más abiertos de lo que permitía su follado. Quisiera el caballero andante perseguir á los fugitivos, pero no lo consintió su espinazo, que le dolía como de ciática. «Síguelos, Sancho, dijo á su escudero, y tráeme las cabezas de esos follones: cada una de ellas te importa una provincia agregada á tus Estados. — Está en un tris que yo lo verefique, respondió Sancho, no por el huevo, sino por el fuero. Mas vuesa merced ha oído: al enemigo que huye, puente

de plata. No firmes cartas que no leas, ni bebas agua que no veas: yo no sé quiénes son esos demonios, y si no me esperan con un refuerzo de treinta ó cuarenta de los suyos. Al seguro llevan preso, Sr. D. Quijote. Mato á los ladrones, le traigo á vuesa merced sus cabezas, dejando la mía en manos de ellos, probablemente: pues la hazaña será de mi amo. Pelean los soldados, el general dió la batalla; vencen los soldados, el general es el triunfante; mueren los soldados, seguro el rey, y gran señor en todo caso. Pues á otra puerta, que ésta no está abierta: y cien años de guerra y no un día de batalla. Cuando me dan el consejo, denme también el vancejo: vuesa merced no hace sino ponerme entre la cruz y el agua bendita, y allá dé yo de hocicos con el diablo. Sancho, esos yangüeses; Sancho, esos gigantes; Sancho, esos leones. Se van los amores, señor, y quedan los dolores: los humos de esta victoria se subirán al cielo; las costillas sumidas, en mi cuerpo han de quedar. El que en pie se halla, mire no se caiga. — Al diablo sea ofrecida la utilidad que saco de tu ayuda, maldito Sancho, respondió D. Quijote: si algo haces de bueno, al punto lo echas á perder con ese desbarrar sin término, ese desfigurar las cosas más palmarias. Ven acá, apóstata, ¿qué gigantes mataste?, ¿qué leones domaste?, ¿á qué yangüeses venciste? ¿Dónde están los trofeos de tus victorias, dónde las coronas que has ganado con tus proezas? ¡Conque tú provocaste á los leones, y yo te mandé provocarlos! ¡Tú embestiste á los yangüeses y los apaleaste á tu sabor! ¡Tú atropellaste y desbarataste los ejércitos de Alifanfarón de Trapobana! Susténtame en las barbas, insigne pícaro; róbase mis hazañas. Cuando te saquen con los pies adelante será el arrepentirte de tus fechorías: todas las has de pagar allá donde no se dice *verefique*, ni valen refranes mechados de tontera. ¿Es posible que ni después de una batalla dejes de vomitarlos como un endemoniado? Así procuras mitigar el dolor de esta caída? Un huevo, y ese huero: la única vez que has acertado á mostrar coraje, resolución y fuerza juntamente, lo estragas todo con una extemporánea cobardía, negándote á seguir el alcance al enemigo, divertido en esa ha-

blilla refranesca que me ha de matar de desesperación. Puerco fiado, gruñe todo el año: si algo te debo, no me cobres con romperme la cabeza, y hazme firmar un pagaré, ya que te atienes al refrán que dice: callen barbas y hablen cartas. Cumplido el plazo cogerás, no solamente tus salarios, si no me sirves á merced, pero también recompensa, gratificación, pre, honorario, subvenciones y cuanto más te dé la gana; pero no hables más de lo necesario. A puerta cerrada el diablo se vuelve, y en boca emparejada no entran moscas. ¿No has oído decir: herradura que chacolotea, clavo le falta? ¿Qué han de pensar de ti los que te oyen despotricar á lengua seca, haciendo rosarios de adagios y proverbios, sino que eres un bendito animal, insufrible para los que tienen la desgracia de estar oyéndote de día y de noche?

— A puerco fresco y berenjenas, ¿quién tendrá las manos quedas, señor?, respondió Sancho. La ocasión hace al ladrón; y no dirá vuesa merced que yo hablo sin ella, ni que vuesa merced me da ejemplo de sorbidad de palabras, ni aun de refranes. — Sorbidad, replicó D. Quijote, vendrá de sorber; sobriedad viene de sobrio. Esta es virtud que hemos de practicar, no sólo en el comer y en el beber, sino también en el hablar; y por ventura más en esto que en lo otro. Quien guarda la boca guarda el alma, y no vayas á pensar que éste es refrán; sino sentencia de la Biblia, donde habla Salomón. El exceso en el comer te causa disgusto y enfermedades, la demasía en el beber te entorpece y envilece, y no puedes dormir más de lo justo, sin cometer uno de los pecados mortales, cual es la pereza. Todo esto es malo, pero nada es peor que el abuso de la lengua. Si la palabra es plata, el silencio es oro: la preciosa liga que resulta de estos elementos es la piedra filosofal de la prudencia. Hablar con juicio y medida; discurrir en cosas de substancia, sin apartarse de la verdad y la modestia, esto es ser sabio. Yo no pretendo que de cuando en cuando no salpiquemos la conversación con una de esas sentencias populares que en pequeño volumen encierran mucho y exquisito condumio; ¿pero qué es esto de echar refranes á dos manos, como

quien traspala trigo? El bobo que es callado, por sesudo es reputado; llévate de esta regla. — No es regla, sino refrán, contestó Sancho. Vuesa merced los ha echado en este discurso como si hubiera hasta para tirarlos por la ventana, y le parecen insípidos los mihuelos. Entre bobos anda el juego, y cuando nace la escoba nace el asno que la roya. A uso de iglesia catedral, cuales fueron los padres los hijos serán, y cuales son los amos los criados son, señor. Éntrome acá, que llueve. Dice el refrán: de tal barba, tal escama; vuesa merced es la barba, yo soy la escama; y en lo de los refranes corremos á puto el postre. — Puede ser, repuso D. Quijote: de esto mismo tú tienes la culpa, y has de pagar el mal que viene resultando. Te has acercado tanto á mí, que ya la distancia del caballero al escudero es ninguna, con harto perjuicio de la orden que profeso y mengua de mi decoro. Las malas mañas, como ciertas enfermedades, son pegadizas: pásame tu sandez, pásame tu pusilanimidad, pásame tu bellaquería, pásame todo; pero no me comuniques esta sarna perruna que te infesta, con nombre de refranes. Y lo peor es que muchas veces me echas tus venablos escondidos en ellos. El que te dice la copla, ése te la hace. Si de tarde en tarde me viene un refrán á los labios, es bien ocasionado, no oficioso é impertinente como los tuyos. Y todavía has de confesar que muchas veces no los digo sino por darte á entender que te propasas en ellos. Cuando no son refranes, son diminutivos de tu cuño: mihuelos..... ¿Qué entiendes por mihuelos, pazguato? ¿No sabes que los pronombres no admiten diminutivo? De *mío* no puedes hacer *mihuelo* ni *miito*, así como no puedes hacer *miote* ni *miazo*. Pero doblemos esta hoja, Sancho, y dime lo que piensas de la singular aventura de esta noche. — Pienso, respondió Sancho, que esos desalmados nos han puesto á dos dedos de la sepultura, y que yo les he remachado las narices á puñadas, y que vuesa merced le sacó una vara de lengua al compadre Brandabrindo, y que la señora Dulcinea es el demonio, y que me deben dar licencia para dormir, y que mañana se puede averiguar lo demás.»



CAPITULO XXXVIII

DEL GRAVE, RARO É INESPERADO SUCESO QUE LE FUÉ REVELADO
Á NUESTRO BUEN CABALLERO D. QUIJOTE DE LA MANCHA

No bien habían cerrado los ojos D. Quijote y su escudero, cuando volvió á abrirse la puerta con dos humildes golpecitos, entrándose por ella un hombre, fantasma ó duende, que de todo tenía, envuelto en una enorme capa y con un sombrero bajo cuya ala pudiera acampar un ejército. «¿Nadie nos oye?, preguntó llegándose á la cama de D. Quijote: mire vuesa merced que no cabe ponderación en el secreto que habemos menester; y así le ruego limpie de todo animal viviente esta morada. Lo que ahora ocurre no es para oído ni por los mosquitos del aire, ni por los gusanitos de la tierra.» Ya se moría D. Quijote por ver la cara del hombre misterioso; cosa imposible como no fuera de la nariz abajo, en cuyas regiones predominaban un bigotillo á la chinesca, largo y angosto, que parecía pintado, y una pera de escasa población, si bien de asombrosa longitud. «Yo me llamo, continuó diciendo, D. Benedicto Rochafriada. Vuesa merced sea servido de mandar á este hombre salir, porque de otro modo no podría yo exponer las cosas de la manera como deben llegar al conocimiento de vuesa merced. — Para con mi criado no tengo secreto, respondió D. Quijote. Si le perdonamos una cierta comezón de ensartar refranes, es tan discreto como inclinado á valer á los que pueden poco. Vuesa merced suponga que no

le oye ni un mosquito, y haga sus entradas. — Esa comezón no empece, dijo el fantasma: si no es más que eso, puede quedarse. ¿Hay confianza absoluta, bien así en su reserva como en su buena voluntad? Las paredes oyen, señor caballero; por las rendijas de las puertas se salen las palabras y se entran las desgracias. — ¡Voto al demonio!, exclamó D. Quijote, ¡grave es en tanto extremo lo que vais á revelarme que sea preciso calafatear puertas y ventanas? — ¿Vuesa merced es casado?, preguntó D. Benedicto. — ¿Conviene á vuestro asunto saber si lo soy ó no?, respondió D. Quijote. — Tanto, que sin este preliminar me vería atascadísimo en mi narración. — Pues sabed que no lo soy. — ¿Pero tendrá á lo menos eso que llaman amiga, querida ó concubina? — Los caballeros andantes, replicó D. Quijote, no tienen nada de eso; lo que tienen es dama ó señora de sus pensamientos. Y tengan lo que quieran, vos sois un atrevido bellaco. — Pierda cuidado, volvió á decir D. Benedicto. Una vez que vuesa merced tiene dama, sabe quizás lo que es estar encinta una dama. En sabiendo lo que es estar encinta una dama, sabe sin duda lo que son en ella los antojos. — Sí, por cierto, dijo D. Quijote; y los suelen tener muy extravagantes. La reina Romaguisa tuvo el estafalario antojo de hacer adobes. — ¡Cristo crucificado!, exclamó D. Benedicto Rochafriada. ¿Y qué hizo el infeliz marido? — El infeliz marido era un gran príncipe; hizo moler dos quintales de perlas finas, y con unos cuantos barriles de leche, dió rienda suelta á la pretensión de su muy amada consorte. — Dichosa señora, tornó á decir D. Benedicto. No es lo mismo que la que descolló en su embarazo por el deseo vehemente de comerse crudas y de balde las orejas de un puerquecito que al paso vió derribado en una tienda. — La puerquecita era ella, dijo Sancho Panza: ¡y miren si no las quería de balde! — Ahora ¿qué piensan vuestas mercedes, repuso D. Benedicto, de la otra que en la luna de miel se puso á morir de melancolía porque su marido se negaba á satisfacer su antojo? — ¿Cuál era ese antojo?, preguntó Sancho. — Quería ser azotada, y muy de veras, de modo que la sangre corriese en hilos por la blancura de esas carnes. Co-

mo anduviese rallando á su marido de día y de noche, y suspirando y llorando y quejándose de su mala voluntad, cogióla éste el rato menos pensado y le dió gusto de manera que aseguró su buen genio para algunos meses. — Algo valen cabezadas oportunamente dadas, dijo Sancho. ¿Y adónde va á parar vuesa merced con estos cuentos? — A que unas desean ser azotadas, y otras azotar: unas quieren de balde orejas de lechoncillo, otras orejas de escudero, y no muy caras. Mi mujer os ha visto, y se muere ya de ganas de mordéros las y de asentaros dos ó tres docenas de azotes en lo limpio.» Sancho Panza, lejos de mostrar indignación, largó una carcajada y dijo: «Vuesa merced trueca los frenos; lo que ella quiere es ser azotada por un escudero de fama.»

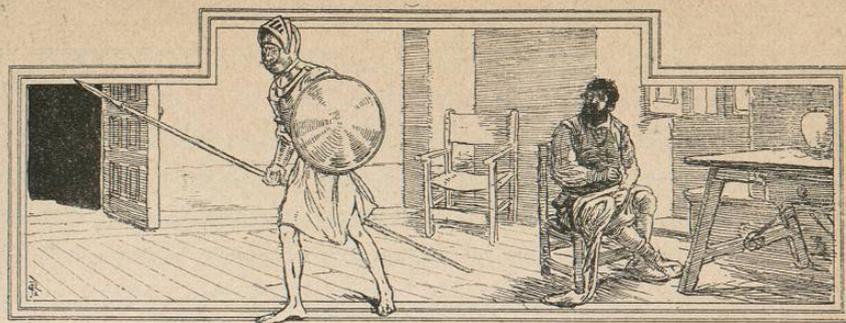
Sin hacer caudal de esta impertinencia de Sancho, D. Benedicto Rochafriada, dirigiéndose á D. Quijote, dijo: «Doce azotes, señor caballero, ¿qué son para uno que tiene que darse tres mil y trescientos por otro negocio? El que tiene dos orejas puede muy bien; me parece, dar á morder la una, sin mengua de su decoro ni cargo de conciencia.» D. Quijote, que había estado escuchando atentamente, dijo á su escudero: «Cosa es de considerar despacio, Sancho hermano, y no tan digna de risa como piensas. Figúrate que ese párvulo intrauterino estuviese destinado á ser un famoso caballero andante, ¿no sería el *non plus ultra* de la inhumanidad y la cobardía dejarlo morir antes de nacido, porque un santo hombre llamado Sancho Panza se ahorrase doce miserables azotes? — Hasta los gatos quieren zapatos, respondió Sancho. Que me los dé yo por mi señora Dulcinea, cuando tenga tiempo y comodidad, no quiere decir que sea hombre de tocarme á un pelo por este alma de buho. ¡Arre allá, diablo!, escuderitos tenemos para todo: encantan á la señora Duicinea, Sancho, azótate. Se les olvida el bálsamo de vomitar, Sancho, anda por él, ponte en manos de Juan Palomeque el zurdo, quien no hará sino mantearte. Ahora viene este zanguango con su pata de gallo: Sancho....., Sancho..... Como á vuesa merced no le duele, anda poniendo mis carnes á la disposición de

todo el mundo. — Cálmate, buen Sancho, dijo D. Quijote; de algún tiempo acá has levantado tu carácter, y todo lo vuelves pendencia, como si hubieras nacido para dar de comer al diablo. ¿A qué me traes el bálsamo de Fierabrás, el encanto de Dulcinea y otras cosas pertenecientes á nuestra historia? ¿Qué tienen que ver Juan Palomeque con D. Benedicto Rochafriada, ni los mil trescientos con los doce que ahora te proponen? Si consientes en recibir los últimos, es cosa tuya: si has de cumplir tu obligación respecto de los primeros, cosa mía. Veremos si prevalece mi voluntad ó la vuestra, señor jurisconsulto. Os llamáis á la corona antes de tomar el hábito; pues yo os haré ver que vos surtís mi fuero, y dejándome de contemplaciones apretaré la mano y se os volverá la albarda á la barriga.»

Sancho vió la mar alta, pero no estuvo en su poder callar del todo. «A cuentas viejas barajas nuevas, Sr. D. Quijote, dijo; y cuenta errada, que no valga. Mas diga vuesa merced: tras tantos azotes, palos, mantas y bálsamos endiablados, ¿cuándo será el ganar el reino que me tiene prometido? — ¿No me ves con la mano en la masa?, respondió D. Quijote. ¿Para qué piensas que es todo aquello sino para ganar ese maldito reino que te ofrecí en mala hora? Dormiré, dormiré, buenas nuevas hallaré: te estás ahí empollando huevos, y quieres que los reinos vengan á dar aldabazos á tu puerta. Tirante el Blanco de Roca Salada no hizo rey á su escudero Gandalín sino después de muchas y grandes pruebas de buena caballería. Muéstrame tú los gigantes á quienes has matado en mi servicio; cuéntame las cartas que de enamoradas señoras me has traído. Gandalín no fué señor de la Ínsula Firme sino después de haber salvado la vida á su amo y cortado la cabeza á la gigante Andandona. ¿Dónde están las Andandonas á quienes has cortado la cabeza? ¿Cuáles son las reinas Falabras á quienes has seguido lanza en ristre por volverme á la libertad? Allí te tienes cien años encantada á mi señora Dulcinea, asqueando, por hacerte el melindroso, esos tres mil trescientos pobres azotes, y quieres que en un día te haga yo gobernador, emperador y todo. Te cubrirás de Gran-

de de España en tiempo oportuno; luego serás Clavero mayor de Santiago, y de allí pasarás á la corona. — Grano á grano hinche la gallina el papo, dijo Sancho: si para ser rey no tengo sino que matar algunos gigantes, desde aquí pueden mis vasallos saludarme de Alteza.

— Ahora entro yo, dijo á su vez D. Benedicto Rochafriada. ¿En qué quedamos respecto de la merced que al Sr. D. Quijote tengo pedida? — Hermano advenedizo, respondió D. Quijote, ¿estáis cierto de lo que debe ser, *luce meridiana clarior est*, para exigir en razón de ello actos extraordinarios y aun sacrificios de quienes no os conocen? Desde luego conviene saber si de veras sois casado; en seguida es preciso ver si los antojos de vuestra esposa provienen de la enfermedad sublime que constituye á la mujer madre del género humano, ó son veleidades y regodeos de dueña antojadiza, cuyo gusto es atormentar y arruinar á su marido. Por último, conviene resolver si los antojos no satisfechos ocasionan el parto prematuro. ¿Creéis vos que si vuestra mujer amanece un día con gana de comerse el Ave Fénix, estáis obligados á ir por la posta á la Arabia Feliz? — Hasta mañana, hermano Benedicto, dijo el escudero. Vuesa merced sabe que de Dios nos viene el bien y de las abejas la miel. Nada es imposible en este mundo: allá lo veremos todo cuando el sol nos amanezca. — Si cumplís tan buenas intenciones, respondió D. Benedicto, Dios os lo pague; si no, os lo demande.» Y haciendo la medida con la rodilla á D. Quijote, salió sin añadir otra cosa. Tiróse á la puerta Sancho Panza, echó la llave, apagó la luz, volvió á tuestas á su cama, y quedó dormido.



CAPITULO XXXIX

DE CÓMO SE ARMÓ PARA EL TORNEO EL FAMOSO CABALLERO DE LA MANCHA

Las nueve serían de la mañana cuando se oyó en el patio del castillo un gran tropel de caballos cuyas herraduras hacían en el empedrado marcial y alegre ruido. Eran los reciénvenidos ocho ó diez mancebos que acudían al torneo de D. Alejo de Mayorga, jóvenes de esos en quienes está hirviendo la sangre, capaces de acometer la conquista del imperio del Catay, puesto que el fruto de la victoria sea una Angélica. Ninguno de los campeadores llega á los treinta años, andando como andan todos entre los veinte y los veinticinco, edad en que las pasiones descuellan y se levantan en forma de lenguas de fuego, consumiendo lo que tocan con ese dulce corrosivo que en la locura de los verdes años se suele llamar felicidad. D. Quijote salió como un brazo de mar y saludó á los estudiantes, inquiriendo con la vista cuál pudiera ser Pedro de Brece monte, cuál Juan de Merlo, cuál el Señor de Bouropag, y así los otros caballeros á quienes pensaba mandar vencidos á presentarse á su señora Dulcinea del Toboso, como prendas vivas y testigos intachables de sus altos fechos y grandes caballerías. Pero á quien más buscó fué al rey Gradaso, porque tenía jurado desde muy atrás quitarle la espada Durindana, para lo cual era resolución en él pasar á la isla de Lipadusa, si faltaba aquel circaso á las justas del castillo. Andaba el caballero pompeándose entre la retozona muchedumbre, cuando sus pecados hi-